

“COTIDIANEIDAD CASTREÑA EN LOS '40”

¡Qué grato resulta tener en las manos el nuevo libro del Dr. Rodolfo Urbina Burgos, muy bien denominado “*FRAGMENTOS DE LA COTIDIANEIDAD DE LOS CHILOTES. CASTRO 1940 – 1949*”!... De amena y fácil lectura, y con ese estilo que le es muy propio y le distingue, nos adentra en la narrativa que surge de sus propias vivencias de la niñez y de relatos testimoniales.

Para quienes somos contemporáneos a la época citada, nos deleita el recuerdo de una sociedad castreña un tanto elitista dentro de la precariedad que la vida isleña misma brindaba. Era sacrificada, pero gratificante y tranquila. Hoy, ello es cosa del pasado.

Estos Fragmentos, como bien lo dice la acepción, nos lleva a recordar, en primera instancia, el singular trazado de una ciudad (damero), situada en una singular meseta que muy bien eligiera en 1567 Martín Ruiz de Gamboa, su fundador. Luego, nos presenta esa ciudad pueblerina que era Castro, con sus particulares características, en un entorno en donde reina la inclemencia climática, dominada por las intempestivas lluvias y el *bramador* viento, entre tibios soles (casi todo el año).

La obra, nos trae a la memoria y rescata ciertos personajes habituales en una ciudad inicialmente marítima, así describe muy bien a fleteros, changueros, chateros... Capítulo aparte merece la actividad comercial y los comerciantes mismos, muy respetables tanto los de la calle principal como los de barrio.

Reserva, asimismo, un par de capítulos: uno, para contarnos acerca del vecindario, tanto adulto como infantil, en un pueblo eminentemente de carretas, y otro, para rememorar los pasatiempos en una ciudad pueblerina como lo era el Castro de entonces, con ausencia de medios de comunicación, lo que hacía que la vida fuera a intramuros. Es así, como se recuerda el vetusto *Teatro “Centenario”* de calle Esmeralda (homenaje al centenario de la incorporación de Chiloé a la república, 1926), la *Banda del Club Musical* con sus esperadas retretas dominicales en la plaza antes del mediodía, y el *Estadio “Pedro Aguirre Cerda”* de calle Freire, con aquellos reñidos torneos futbolísticos de la época, llevados a cabo “*en el barro y las pozas*”, en días de lluvia. Cabe señalar que en la década en cuestión no existía radioemisora alguna, ni teléfono, y los diarios y revistas arribaban una vez a la semana en el vapor de recorrido.

Los Fragmentos de Urbina Burgos aplican también al acontecer citadino, en lo que dice relación con el quehacer y la desigual duración de las estaciones anuales; no era lo mismo el pasar en cada una de ellas. El invierno, habitualmente, era un periodo de encierro y del *buen comer*, además de muy lluvioso y largo, a diferencia del verano, esquivo, de largas horas de luz, pero: “*breve como un suspiro*”, en palabras del autor. El otoño, de pronta llegada, de cielos grises y encapotados era antesala para los sagrados ritos de Semana

Santa, y por ende, muy respetados. La primavera, fresca y un tanto lluviosa, destacaba por el renacer de la vida, con campos revestidos de esplendoroso verdor y de coloridas y tersas flores por doquier: ¡brillante!

Finaliza la obra de Urbina Burgos presentando, a modo de reflexión, un decidor análisis del tema urbano de una ciudad que se reponía de los grandes incendios (1936 y siguientes) que casi acaban con ella, y de cómo sus habitantes se sobreponían a tan nefastas circunstancias. La incidencia de la pobreza del Municipio y la dificultad de obtención de empréstitos para la realización de las obras programadas, era temática recurrente en la década. La ciudad, consecuentemente, marchó a tranco lento hacia el devenir, sumida en el barro o en el polvo, con casas con los mismos pozos sépticos y chiqueros de siempre. Salvo calle Blanco, renace con nuevo rostro, casas de concreto de dos pisos y con notoria recuperación de la actividad comercial; estos son los nuevos rasgos de la ciudad para enfrentar la siguiente década... y con la consiguiente pérdida total de la fisonomía del lado marino de calle Lillo, que no recuperó nunca sus señoriales palafitos.

Esta última obra de nuestro apreciado amigo y coterráneo Urbina Burgos es un acierto en relación a la contribución del rescate de la identidad local: ¡felicitaciones por este aporte!

MIGUEL JIMÉNEZ COLIN